

bajado por realizar el emperador Carlos V. sobre el imperio alemán, y principalmente para impedir en aquellos dominios la propagación de las doctrinas luteranas y el ejercicio de la religión protestante, la cual desde este convenio recibió una autorización pública y legal de que siempre había carecido. Así se frustraron también en gran parte los esfuerzos del concilio Tridentino por restablecer la unidad del dogma católico en la Iglesia cristiana. Este tratado, humillante para Carlos V., y más por haberle sido impuesto por uno de sus vasallos que solo á la sombra de su favor había adquirido la importancia que llegó á alcanzar, señala el punto de decadencia del antes inmenso é ilimitado poder del emperador. Es igualmente notable y extraño que quien más quebrantó el poder de Carlos y quien más consolidó la reforma en Alemania, fuese el mismo que poco antes había ayudado más á los triunfos del emperador, y á la destrucción de la confederación reformada. Por tan extraños caminos conduce la Provideucia los sucesos y los encamina á sus altos y ocultos fines.

CAPITULO XXIX.

CARLOS V. Y ENRIQUE II. DE FRANCIA.

De 1552 á 1556.

Campana del emperador contra Enrique II. de Francia.—Grande ejército.—Célebre sitio de Metz.—Pásase al emperador el de Brandeburgo con su gente.—Heróica defensa de Metz: el duque de Guisa.—Trabajos y calamidades del ejército imperial.—Desastrosa retirada.—Rebelión y guerra de Siena.—Descontento y alteraciones en Nápoles.—Armada turca en Italia.—Guerra civil en Alemania.—Muerte de Mauricio de Sajonia.—Refúgiase en Francia el de Brandeburgo.—Guerra entre franceses y flamencos.—El príncipe Filiberto de Saboya.—Enrique II. de Francia en Flandes.—Se ve obligado á retroceder á su reino.—Guerra en el Piamonte.—Casamiento del príncipe don Felipe de España con la reina de Inglaterra.—Carlos V. le cede el reino de Nápoles y el ducado de Milán.—Nuevas guerras entre Carlos y Enrique.—Estragos horribles de unos y otros ejércitos.—El duque de Alba, generalísimo de las tropas del Piamonte: su fama en Italia: lo que hizo.—Trama de un guardian de San Francisco para entregar á Metz, y su resultado.—Dieta de Augsburgo.—Reconócese la libertad de cultos en Alemania.—Sucesión de pontífices.—Paulo IV.—Su carácter.—Su odio al emperador.—Alianza de Paulo IV. y Enrique II. contra Carlos V.—Proceder de Carlos y de su hijo Felipe con el papa.—Abdicación de Carlos V. en su hijo.

Por más sensible que sea al historiador español tener tanto tiempo apartada su vista de España, durante la larga ausencia del emperador; por más que

se sienta ver como absorbida la nacion por el imperio, forzoso nos es seguirle todavía algun tiempo en aquellos países: porque la figura gigantesca de Carlos V. es tal que arrastra al historiador y le obliga, como obligaba á todos los hombres de su tiempo, á seguirle y contemplarle do quiera que estuviese ó se moviese.

Firmada, pues, la paz religiosa de Passau; libres despues de cinco años de cautiverio los dos príncipes protestantes, Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia; cumpliendo el duque Mauricio con la obligacion adquirida en el tratado de pasar con un ejército á Hungría á auxiliar al rey Fernando contra los turcos, quedando solos fuera del convenio, por una parte Alberto de Brandeburg, que prefirió seguir devastando con sus bandas de foragidos y saqueadores las tierras de Maguncia, Spira, Tréveris y Strasburgo, por otra el rey de Francia que no habia sido comprendido en el concierto, el emperador Carlos V., reunidas las banderas de alemanes, bohemios, italianos y españoles que habia empezado á juntar para la guerra contra Mauricio, y llamando á su servicio las tropas que licenciaban los confederados, determinó emplear todas estas fuerzas contra Enrique II. de Francia. Como una mengua y una afrenta intolerable miraba Carlos las conquistas hechas por el francés en la Lorena, y se propuso recobrarlas. Partió pues el emperador de su retiro de Villach á la cabeza de un grande ejército, haciendo primeramente cun-

dir la voz de que iba á Hungría en socorro de su hermano, y fingiendo despues que marchaba contra el de Brandeburg como contra vasallo rebelde, pasó sucesivamente á Inspruck, Augsburgo, Spira y Strasburgo.

Mas á pesar de la cautela con que procuraba encubrir su verdadero designio, no dejó de comprenderle ó adivinarle Enrique II. de Francia, y resuelto á conservar á todo trance la plaza de Metz, encomendó su defensa al duque de Guisa, Francisco de Lorena, noble francés, valeroso, sagaz, activo, dado á ganar fama y renombre por medio de empresas gloriosas, y á quien por lo mismo se le reunió voluntariamente una gran parte de la nobleza y de la juventud francesa, con el deseo de pelear al lado de un gefe tan hábil y esforzado. Fortificó el duque de Guisa la plaza á propósito para resistir un sitio, derribó casas, destruyó arrabales enteros, y arrasó monasterios é iglesias, todo lo que pudiera favorecer la aproximacion del enemigo. Cerca de Metz se habia colocado el de Brandeburg, como amagando unirse al francés. En esta situacion se acercó á Metz el ejército imperial, fuerte de sesenta mil hombres, y dió principio á los trabajos del sitio, cuya direccion y mando habia encomendado el emperador al duque de Alba (octubre, 1552).

El de Brandeburg, á quien de uno y otro campo se hacian proposiciones y ofertas, como hombre

que habia mostrado ser de calidad de dejarse tentar por el interés, despues de alguna vacilacion concluyó por aceptar las del emperador que halló mas ventajas, y se pasó á los imperiales con las cincuenta banderas y la caballería que acaudillaba. Causó esta resolucion tanto enojo al rey Enrique, que en su despacho envió con gente al hermano del duque de Guisa (1), con órden de que empleára cualesquiera medios para matar al de Brandeburg. Mas en vez de ser éste el sorprendido, se arrojó súbitamente con su caballería sobre la hueste francesa, y la arrolló y destruyó, haciendo prisionero á su caudillo.

Con el refuerzo que llevó el de Brandeburg al campo imperial, y con la gente que acudió de Flandes llegó el emperador á reunir un ejército de cien mil hombres, uno de los mas numerosos y lucidos que se habia visto jamás; contábanse en él seis mil españoles, cuatro mil italianos, cincuenta mil alemanes, los demas flamencos y muchos mercenarios; llevaba unas ciento y catorce piezas de batir, y quince mil caballos entre ligeros y de tiro. Carlos, á quien la gota tenia retenido en Thionville, se hizo trasportar al campo en litera (10 de noviembre) para activar y estrechar el sitio. Ni el de Guisa ni los nobles franceses dieron muestra de flaquear un momento, ni por

(1) A este hermano del duque de Guisa le da Robertson el título de duque de Aumale, Sandoval el de duque de Angulema, Saint-Prosper le nombra duque de Nemours.

verse rodeados de tan formidable hueste, ni por las brechas que en los muros abriera su artillería, ni por los asaltos que con mas arrojo que buen éxito intentarían los imperiales. Señalóse este sitio por la firmeza imperturbable que conservaron siempre los sitiados. Contrariaba á los sitiadores el crudo y desecho temporal de frios, aguas y nieves: inundaron estas su campo; los soldados, especialmente los italianos y españoles, no pudiendo sufrir tan rigorosa temperatura, enfermaban y morían; sucumbieron tambien muchos de otras naciones, y las bajas del ejército llegaban ya á treinta mil. Cobijado el emperador á casa de la gota en su casita de madera, diariamente preguntaba qué tiempo hacía, y como nunca la contestacion fuese lisonjera, «pues siendo asi, ¿yo un dia, no hay que esperar mas, sino que nos vayamos; pues la fortuna es como las mugeres; prodiga sus favores á la juventud, y desprecia los cabellos blancos.»

Levantóse, pues, el sitio de Metz (26 de diciembre) al cabo de dos meses de terribles padecimientos. La retirada del ejército imperial fué desastrosa; los campos iban quedando cubiertos de enfermos y de moribundos, y el duque de Guisa que los perseguia tuvo menos necesidad de manejar la espada contra los enemigos, que de emplear la compasion y la humanidad para con los desgraciados. Los mismos vencidos elogiaron el generoso comportamiento del de

Guisa. El sitio y retirada de Metz fué una de las mayores adversidades que en su vida experimentó el emperador (1).

No fueron estos solos los contratiempos que aquel año sufrió Carlos V. Dióle también no poca pesadumbre la rebelión de Siena. Era ésta una de las ciudades libres de Italia que despedazada por los partidos interiores se había puesto bajo la protección del imperio. Para mantener la tranquilidad de aquella pequeña república había puesto allí Carlos una corta guarnición de españoles al mando de don Diego de Mendoza. Mas este caudillo, en vez de hacer oficios de protector, se convirtió en tirano de los sieneses; construyó una fortaleza para dominarlos, y los oprimió de modo que al fin reventaron, y ayudados del conde de Palliano á quien Mendoza había entregado un cuerpo de tres mil italianos para la defensa contra el turco, y él empleó traidoramente contra los españoles, alzándose contra los que de aquella manera los tirarizaban. No podemos detenernos á dar cuenta minuciosa del levantamiento y guerra de los sieneses. Diremos en resumen que á instancia de los españoles envió en su socorro el duque de Florencia, Cosme de Médicis, hechura del emperador, al marqués de Mariñano, joven y activo general, el cual obró de concierto con don Juan Manrique de Lara que levantó

(1) Avila y Zuñiga, Comentarios sobre las guerras de Carlos V. — Metz.—Daniel, Hist. de Francia, tomo III.—Sandoval, lib. XXXI.—Salignac, Diario del sitio de párrafo. 28.

en Roma un cuerpo de italianos y españoles. En auxilio de los sublevados de Siena acudieron los franceses, y su general Pedro Strozzi sostuvo diferentes encuentros y combates con el marqués de Mariñano y el español don Juan Manrique de Lara. Al fin, después de varias vicisitudes, vencido Strozzi en batalla por el de Mariñano, hizo un convenio por el cual volvía la ciudad de Siena á quedar perpétuamente bajo la protección del imperio, el emperador había de tener en ella presidio y ordenar su forma de gobierno como quisiese, si bien no pudiendo erigir fortalezas sin consentimiento de los ciudadanos, y los franceses habían de salir libremente con armas y bagajes y obtener paso seguro por Florencia. «Tal fué, dice un historiador español, el fin de la guerra de Siena, el cual cargaron los sieneses y otros á don Diego de Mendoza..... Y como el duque de Florencia hizo el gasto principal de esta guerra, y el marqués de Mariñano fué el principal de su gente, y era tan escogido y señalado capitán, diósele el nombre, honra y gloria de la victoria: mas por cartas del pontífice, emperador y rey su hijo, parece haber sido don Juan Manrique de Lara uno de los señalados y que mas hizo en esta empresa, y como á tal le da las gracias de esta victoria, que fué de harta importancia para que el francés no volviera á inquietar á Italia (1).»

(1) Esta guerra duró hasta 1555. Sandoval habla de ella con bastante estension. Hicieron los soldados españoles en Siena, como algunos años antes en Castelnuovo, hazañas he-

Cárlos V. después del desastre de Metz se había retirado á los Países Bajos, llevando en su corazón y en su cabeza el ódio á los franceses y el pensamiento de la venganza; ódio y pensamiento alimentados por el mal humor de los padecimientos físicos y por la melancolía de quien no estaba acostumbrado á sufrir reveses. Allí vió con cierta satisfacción interior enredarse en una guerra civil los príncipes alemanes provocados por Alberto de Brandeburg, conjurarse todos contra él, elegir por gefe de la confederación á Mauricio de Sajonia (abril, 1553), y hacerse guerra á muerte Alberto y Mauricio. En los campos de Lievenhausen se encontraron los ejércitos de estos dos príncipes, y se dieron formal batalla (julio, 1553.) El

róicas y maravillosa serenidad. Entre ellas citaremos solamente a de tres que pudieron salvarse entre otros cuarenta que habían sido sorprendidos por las tropas del conde de Petillano. Estos tres se refugiaron en una pequeña torre de la puerta Romana. Allí se defendieron los tres solos bastante tiempo. Viendo el conde su obstinada resistencia mandó incendiar la puerta de la torre; mas ni el fuego les intimidó, ni las armas los hicieron rendirse. Dos caballeros franceses, Mr. de Termes y el prior de Lombardía, admirados del valor y serenidad de aquellos soldados, los llamaron á voces, y haciéndolos asomar á una ventanilla: «Valientes españoles, les dijeron, lo que queremos no es más que libraros de la muerte, pues es razón que hombres tan esforzados como vos-

otros sean favorecidos. Por esto os rogamos que os rindais, y si quisierais servir al rey de Francia se os darán pagas dobles. Ya veis que aquí no podeis vivir, pues ni tenéis que comer, ni os podreis defender de tantos.»—El que estaba asomado respondió por todos diciendo: «Si el rey de Francia es tan bueno, no le faltarán soldados: nosotros queremos antes perder las vidas que dejar de servir á nuestro rey y señor natural. Los que decís que nos falta comida, sabed que tenemos abundancia de ladrillos, y que los españoles, cuando nos falta pan, con éstos molidos nos sustentamos.» Hizoles gracia la arrogancia española á los franceses, y sacándolos de allí los pusieron en salvo.—El obispo Sandoval refiere este caso en el libro XXXI.

de Brandeburg quedó completamente derrotado; pero la victoria de las tropas confederadas costó la vida á su intrépido gefe Mauricio de Sajonia, que murió á los pocos días de su triunfo de resultas de un pistoletazo que recibió en el combate (1). Así acabó, á los treinta y tres años de su edad, el más famoso de los príncipes del imperio; el que siendo amigo de Cárlos V. había aniquilado la liga protestante de Smalkalde, y siendo enemigo del emperador había asegurado la libertad de conciencia en Alemania; el que en una edad en que parece debía faltar todavía la experiencia, había engañado á todos con su astucia, incluso el soberano más esperto de Europa; y el primero que con sus artificios y con su espada hizo descender de su apogeo el poder colosal de Cárlos de Austria.

Todavía el bullicioso Alberto de Brandeburg se recobró de aquella derrota y tuvo audacia para volver á provocar con sus bandadas de aventureros á los príncipes alemanes, hasta que destrozado en otra sangrienta batalla (12 de setiembre), por el duque de Brunswick, que había sucedido á Mauricio en el mando del ejército confederado, tuvo que buscar un asilo en Francia, donde consumió en la indigencia los años que le quedaron de vida (2).

(1) También murieron en la batalla dos hijos del duque de Brunswick y otros personajes de distinción.—Vintzer, *Historia pugnae infelicis inter Mauritium et Albertum.*

(2) A Mauricio de Sajonia le sucedió en sus estados, después

En tanto que de este modo se agitaban entre sí los alemanes, y que en los Países Bajos andaban también vivas las armas entre franceses y flamencos, corriéndose unos á otros las tierras con gravísimo daño y destrozo del país, Carlos V. que no olvidaba el descalabro y la afrenta de Metz, puso en campaña otro ejército, con el cual emprendió el sitio y ataque de Tervere, plaza importante que Francisco I. solía llamar «una de las almohadas sobre que podía dormir seguro un rey de Francia,» y que sin duda por esta confianza tenía más descuidada de lo que debiera su hijo Enrique. Propusieronse los imperiales no dejar descansar á los franceses sobre aquella almohada, y lo consiguieron, no obstante el refuerzo de caballeros jóvenes de Francia que la plaza recibió, pues con tanto ardor apretaron el ^{cielo} y con tanto brío dieron el asalto, que al fin ^{se} apoderaron de ella, y el emperador mandó arrasar ^{los} templos y edificios, para quitar de una vez aquel padrastró de Flandes (junio, 1553). Con igual intrepidez y arrojo atacaron los imperiales á Herdin, y un asalto con no menos vigor emprendido les deparó igual resultado. Distinguióse en esta campaña el ya conocido general flamenco Martin Van Rossen, y dióse á conocer con ventaja por sus primeros ensayos militares el príncipe Filiberto Manuel de

de grandes contiendas, su herman- ciables dotes.
no Augusto, príncipe de muy apre-

Saboya, que pronto había de elevarse á la categoría de los primeros generales de aquel siglo guerrero. En Herdin fué hecho prisionero el general francés Roberto de la Marca (julio), y el de Saboya no se apartó de allí hasta ver arrasados la fortaleza y el pueblo.

A vista de tales pérdidas creyó necesario el rey de Francia pasar á Flandes en persona: temiendo la superioridad que otra vez iba recobrando el emperador. Pero la presencia de Enrique, si bien detuvo los progresos de los imperiales, no dió á los franceses la ventaja que parecía deberse esperar. La guerra se mantuvo con éxito vario entre Peronne, Cambray, Valenciennes y otras ciudades á que unos y otros alternativamente se dirigían. Hubo muchas escaramuzas y encuentros, pero ningún combate decisivo. Así llegó la estación de las lluvias, y fuese por esto, ó porque se dijo que el emperador, á quien los dolores de la gota tenían meses hacía impedido en Bruselas, venia al campo, Enrique II. creyó prudente tomar la vuelta de Francia (22 de setiembre, 1553), y llegando á San Quintin licenció allí mucha parte de su gente. También los imperiales suspendieron la campaña á causa de las lluvias (4).

No era solo en los Países Bajos donde peleaban por este tiempo imperiales y franceses. Además de

(4) Haræus, Anales de los duques ó príncipes de Brabante: Utrech, 1625.—Sandoval, li-

guerrear tambien en Toscana con motivo de los sucesos de Siena de que dimos cuenta hace poco, andaba encendida igualmente la guerra en Lombardía. Luchaban allí, por parte del emperador el gobernador de Milan Fernando de Gonzaga, por la del rey de Francia el general Brissac; bien que todas las operaciones del otoño y parte del invierno hasta fin de aquel año (1553) se redujeron á tomarse mutuamente algunas plazas, sin combates que pudieran decidir la superioridad de unas ú otras armas.

En tanto que así iban las operaciones de la guerra, Carlos V. habia proyectado un nuevo medio de engrandecer su casa y familia, á saber, el de casar al príncipe Felipe su hijo con María, hermana de Eduardo VI. de Inglaterra y heredera de aquel reino. Venidas á pocas dificultades, efectuóse el matrimonio (julio, 1554), recibiendo Felipe como dote matrimonial el título de rey de Inglaterra, y por cesion de su padre los de rey de Nápoles y duque de Milan, como en otro lugar mas estensamente diremos.

Ya el rey de Francia habia visto, con la inquietud que era natural, las negociaciones matrimoniales de Felipe y María, y hecho, aunque inútilmente, vivas gestiones para romperlas, ó por lo menos para dilatarlas; porque contemplaba en aquel enlace una indemnizacion para Carlos V. de sus contratiempos en el imperio alemán. Cuando vió definitivamente frustrado uno y otro intento, apresuróse á hacerle

de nuevo la guerra, enviando á las fronteras de Flandes un numeroso ejército, del cual destinó una parte al Artois al mando del mariscal Saint-André, otro por las Ardenas al Henao á las órdenes del condestable Montmorency. Apoderóse el primero sin disparar un tiro, y por cobardía ó traicion del capitán Martigui (26 de julio), de la fortaleza de Mariemburgo, en cuya fortificacion habia gastado la reina doña María, gobernadora de Flandes, cuantiosas sumas (1). Con esto y haberse puesto el mismo monarca francés al frente de sus tropas, tomaron estas fácilmente por asalto las plazas de Bouvignes y Dinant, llegando á dos millas de Namur, de donde torcieron al Artois. La otra parte del ejército que mandaba Montmorency, tomó tambien varias poblaciones, incendió otras, y en ambas direcciones iban dejando tras sí los soldados de Enrique las tristes señales del fuego y la devastacion. Componian entre todos treinta mil hombres, de ellos ocho mil lansquenets, ocho mil suizos, seis mil ginetes, y mucha y muy buena artillería.

Juntó precipitadamente el emperador cuanto gente pudo, y dió el mando de ella al jóven Filiberto de Saboya, que con extraordinaria actividad se puso á la

(1) Heuter, en su Historia de las cosas de Flandes, dice haber visto en 1560 en París, al cobarde y traidor capitán que entregó á Mariemburgo, tan miserable, pobre y desdichado, que todo el mundo se desdenaba de hablar con él, y allí murió en la pobreza y el desprecio: «que tal es siempre el fin, añade otro historiador, de los traidores cobardes, que aun el mismo que recibe el beneficio de la traicion, los aborrece.»